

Misiones de paz y guerra naval asimétrica

Capitán de Navío (R) José Manuel Gutiérrez de La Cámara Señán

En estos tiempos son muy frecuentes las Misiones de Mantenimiento de la Paz, denominadas así aquellas en las que intervienen fuerzas de las Naciones Unidas, aunque sean anteriores a la existencia de este organismo, como ocurrió cuando en 1927 la ciudad china de Shangai, gobernada por un consejo formado por 14 potencias con derechos extraterritoriales, con su propia policía municipal y un pequeño ejército, este último fue reforzado con 40.000 hombres de diferentes países, entre los que se encontraba España. También, en 1966, militares españoles prestaron ayuda sanitaria durante la guerra de Vietnam en el hospital civil de Gon-Gong, al sur de Saigón, pero fue a partir de 1989 cuando la nación española se sumó a los países que durante cuatro décadas ya venían dando cumplimiento a los mandatos de las Naciones Unidas, unas veces como observadores y otras, como fuerzas de mantenimiento de la paz.

Este tipo de operaciones se llevan a cabo con tropas que desempeñan sus funciones bajo el mando operativo de la ONU, y cuando no es aconsejable la participación directa de las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad autoriza a organizaciones como la OTAN o a coaliciones de países a efectuar determinadas misiones relacionadas con el mantenimiento o imposición de la paz. Según el concepto tradicional, los miembros de estas operaciones no pueden hacer uso de las armas más que en defensa propia, sin embargo, los acontecimientos de los últimos años han dado lugar a un debate sobre la forma en que se puede aumentar la eficacia de las fuerzas manteniendo su imparcialidad, ya que en algunos casos fueron blanco de ataques y sufrieron bajas, por lo que se han fortalecido las normas y medios de autodefensa y protección de la población civil que se encuentre en su entorno inmediato.

Las tropas se despliegan en contingentes nacionales bajo las órdenes del Comandante de la Misión, en lo que se re-

fiere a aspectos operativos y, por su conducto, dependen del Representante del Secretario General de la ONU.

Con la globalización se han generalizado este tipo de misiones, ahora bien, el soldado que las desempeña va armado y siempre está expuesto a correr un riesgo, por eso, con frecuencia se disfraza la realidad con anuncios de reclutamiento que ofrecen al joven un paraíso donde cultivar amistades, aprender un oficio y colaborar eficazmente para que el complejo mundo en el que vivimos alcance el utópico panorama de paz con el que todos soñamos. A veces se parecen al anuncio de una ONG, cuando la realidad que presentan es bien distinta de la que va a encontrar el soldado.

Una Misión de Paz es la de ayuda humanitaria que el buque de la Armada *Castilla* ha desempeñado en Haití, por cierto, con algunas bajas en su cumplimiento. Y sería bueno recordar que fueron necesarios 10.000 soldados norteamericanos para poner orden en la zona y permitir que la distribución de alimentos y otros efectos se pudiera hacer con las debidas garantías de equidad y justicia.

También es una Misión de Paz, o más precisamente de Mantenimiento de la Paz, la interposición entre dos bandos, como se está efectuando en el Líbano para evitar el enfrentamiento. Es obvio el riesgo al que están sometidas las fuerzas de interposición. En un escenario africano, la película *Hotel Rwanda*, basada en un caso real, muestra cómo un coronel a cargo de las escasas fuerzas de las Naciones Unidas tuvo que llegar a hacer fuego en defensa de un *convoy* de civiles *tutsis* asediados por las descontroladas tropas *hutus*.

Nuestras fuerzas destacadas en Afganistán se encuentran en un escenario de guerra. Según los datos que se pueden obtener de los medios de comunicación en el momento en que escribo este artículo, las bajas en

nuestras tropas ascienden a 141 (92 muertos y 59 heridos). En este escenario de guerra hay dos operaciones en marcha. Una de ellas es la operación de combate Libertad Duradera, que iniciaron las tropas estadounidenses el 7 de octubre de 2001 en respuesta a los atentados del 11 de septiembre de ese año, operación que cuenta con el apoyo de la ONU y de la comunidad internacional. La otra es la de la ISAF (International Security Assistance Force), establecida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que se está llevando a cabo por una fuerza multinacional de la OTAN con la misión de asegurar Kabul y su zona, para ayudar al gobierno afgano a ejercer su autoridad en el territorio y crear las condiciones necesarias para la reconstrucción y estabilización tras la guerra. Evidentemente, las dos operaciones en marcha son diferentes. La primera es una operación de combate que, lógicamente, cuenta en su haber con un número de bajas muy superior. La segunda es una operación de reconstrucción en un escenario de guerra, que en absoluto está exenta de bajas, y que incluso puede llegar a convertirse en una operación de guerra de similares características a la anterior, ya que es preciso garantizar la seguridad del PRT (Equipo Provincial de Reconstrucción) asignado y para ello puede ser necesario utilizar la fuerza.

Yo nací en 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, y por mi afición al estudio de este importante conflicto, descubrí que el mismo día de mi nacimiento estaba teniendo lugar el Combate de Cabo Norte, en el que el acorazado alemán *Scharnhorst* fue hundido en el Ártico, en las proximidades de este cabo, por la *Home Fleet*. Las colecciones de cromos de nuestra generación, nuestros juguetes y las películas que veíamos se referían a la Segunda Guerra Mundial. La mía es la generación de *La Batalla del Río de la Plata*, *Hundido al Bismark*, *Duelo en el Atlántico*, etc. Cuando ingresé en la Escuela Naval Militar vivíamos en plena Guerra Fría entre las dos superpotencias y por aquel entonces lo menos que se nos ocurría era pensar en Misiones de Paz.

El reciente cine bélico nos ha traído recuerdos de esa época con dos películas sobre la lucha por la Isla de Iwo Jima, al final de la Segunda Guerra Mundial, una de ellas, *Banderas de nuestros padres*, desde el punto de vista americano y otra, desde el punto de vista japonés, *Cartas desde Iwo Jima*, que puede entretener mucho más como película de guerra. En ella se narra cómo, en febrero de 1945, combaten los soldados que defienden esta pequeña isla, muy próxima a Japón, en un desesperado intento por detener la invasión de los norteamericanos. La estrategia adoptada por el general Kuribayashi, comandante en jefe japonés, fue un modelo de eficacia. Este gran general ordenó construir kilómetros de túneles para unir las numerosas cuevas con que contaba la isla y defender-

la a toda costa, mostrando a los americanos su actitud de luchar por cada agujero y cada centímetro de terreno, sacrificio que costaría muchas vidas a los dos bandos, pero que extrapolando, mostraba al enemigo la actitud del ejército japonés en futuras operaciones y lograr de este modo una paz ventajosa. Esta memorable acción fue y sigue siendo en la actualidad estudiada en las escuelas de Estado Mayor de todo el mundo.

Precisamente fue durante el período de la Guerra Fría cuando se iniciaron las operaciones de mantenimiento de la paz que antes hemos aludido, como medio para resolver conflictos entre los Estados mediante el despliegue de personal militar de otros, desprovisto de armas o con armas ligeras, con el objetivo de poner fin a conflictos que amenazaban a la estabilidad regional y la paz y seguridad internacionales. Normalmente se despliegan cuando se ha implantado el alto el fuego y las partes en conflicto han dado su consentimiento.

Con el fin de la Guerra Fría, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, estableció Misiones de Mantenimiento de la Paz mayores y más complejas, con frecuencia para hacer cumplir los acuerdos de paz entre los protagonistas en conflicto y, en general, las operaciones resultaron fructíferas.

El mundo ha cambiado mucho en los últimos años, y de manera muy especial han cambiado los riesgos para la seguridad occidental. Después de la Segunda Guerra Mundial se estableció un equilibrio de poderes entre las sociedades occidentales y las de régimen comunista, especialmente durante la Guerra Fría. Aunque el terrorífico equilibrio de poderes no llegó a la confrontación directa, la Guerra Fría se desarrolló a modo de juego geoestratégico, con frecuencia en escenarios localizados en el Tercer Mundo, que no se extendían más allá de los ámbitos regionales, desde el temor de las superpotencias a un aumento de la tensión mundial que pudiera llevar a una extensión generalizada.

Al finalizar la Guerra Fría, los contenidos conflictos regionales se extendieron de manera alarmante. Las tecnologías cada vez más asequibles y baratas permiten a líderes lo suficientemente fanáticos golpear con dureza a países de mucha mayor entidad. Este tipo de conflictos asimétricos desestabilizan a sociedades desarrolladas ya que se salen de su ámbito original y llevan la amenaza al centro de las sociedades occidentales. El riesgo es real e importante, como se ha visto el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, fecha en la que los propios Estados Unidos vieron amenazada su seguridad a pesar de su poderío.

Cada vez es más importante la lucha contra el terrorismo

y cada vez está más relacionado con temas de defensa. Tal vez la confrontación de tipo frontal deje de ser la norma más frecuente. La guerra contra Osama Bin Laden no se va a solucionar por medio de encuentros simétricos de fuerzas. Dice el general Anthony Zinni, ex jefe del CENTCOM (United States Central Command): “...tendremos que hacer cosas, como operaciones humanitarias, administrar los resultados de las mismas, acciones de salvaguardia de la paz, acciones de pacificación. De alguna manera tendremos que responder a algún tipo de desastre medioambiental. También es posible que nos veamos forzados a interponer un batallón estadounidense entre dos adversarios, con una posible cadena de mando extraña y cambiante... La verdad es que los conflictos militares han cambiado y nos hemos resistido a reconocerlo. Derrotar a las fuerzas de otros estados-nación en batallas convencionales no es la tarea del siglo XXI. Misiones extrañas para derrotar amenazas transnacionales o reconstruir naciones están al orden del día, pero no nos hemos adaptado a ello. Todos lo sabemos, pero no queremos reconocerlo”.

Evidentemente, estos riesgos no son ninguna utopía y cualquier sociedad puede encontrarse involucrada en un futuro en conflictos que no pueda evitar, y desde luego, la sociedad española no es una excepción, como lamentablemente hemos podido comprobar, por lo que es necesario tener preparadas a nuestras Fuerzas Armadas ante la posibilidad de una agresión.

Hace poco mis hijos me regalaron una novela muy interesante, *El Afgano*, y aunque se trate de ficción, su lectura hace pensar que el ámbito marítimo no escapa a la amenaza a que nos estamos refiriendo, y aunque todavía no ha sido explotado exhaustivamente, es probable que en el futuro puedan escalar este tipo de acciones en las líneas de comunicaciones marítimas, en nuestras costas y en nuestros barcos. La operación descrita en la aludida novela entra dentro de la Guerra Asimétrica, a la que hay que responder con una estrategia general para combatirla, pero a la vez, con una decisión de vencer en cada ocasión que se presente, para que en todo momento quede clara la voluntad de vencer, un *animus pugnandi* en el cual no hay que considerar sólo la disposición de los que están implicados en cada acción, sino la voluntad política de apoyar a los que tienen la misión de ejecutarla. Aunque evidentemente no se trata de una operación de Guerra Asimétrica, hago aquí un paréntesis para referirme a la piratería en aguas de Somalia, que ha obligado a los países occidentales a organizar una operación, denominada *Atalanta* para afrontarla. Creo que en este caso, los piratas no son más que los brazos ejecutores de una trama de mucho mayor alcance, que suministra información sustanciosa sobre movimientos de buques, salidas de puertos, derrotas, etc., con buques nodrizas que permiten

extender la zona de actuación a enormes distancias de la costa a lo largo de 2.000 kilómetros de litoral.

No cabe duda de que se trata de una operación compleja en la cual, además de los piratas, hay gente mucho más poderosa sin escrúpulos que es la que lucra y obtiene los mayores beneficios. Pero en todo caso, cuando unas simples peticiones de rescate han sido suficientes para que se haya producido este despliegue, hay que preguntarse qué medidas habría que tomar contra una amenaza de mucha mayor entidad, como la que proporcionaría un artefacto nuclear en manos de unos fanáticos exacerbados.

La posibilidad de obtener grandes resultados con medios limitados no es nada nuevo y enseguida me vienen a la cabeza acciones de la Segunda Guerra Mundial, como la brillante operación llevada a cabo por unos valientes marinos italianos capitaneados por el Teniente de Navío Liugi Durand de la Penne, que consiguieron penetrar en la base británica de Alejandría con dos torpedos humanos y colocar sus mortíferas cargas bajo los cascos de los acorazados *Valiant* y *Queen Elizabeth*, que permanecieron inoperativos durante un largo periodo de guerra, lo que trajo consigo un largo dominio del Mediterráneo por la Marina italiana, que fue la causa de importantes avances de las fuerzas del Eje en el norte de África al no contar los aliados con el apoyo naval necesario.

Esto ocurrió hace bastante más de medio siglo, y desde entonces ha aumentado muchísimo la capacidad de las armas, las posibilidades de conseguirlas disponiendo del capital necesario y los fanatismos capaces de llegar a la autoinmolación, lo que está generando en el presente y hace prever para el futuro, conflictos diferentes de los que hemos conocido en el siglo XX y puede que muchas misiones se deban llevar a cabo en el ámbito marítimo, y para enfrentarse a ellos es preciso reforzar la Fuerza de Acción Marítima, como bastión avanzado, de modo que sea capaz de afrontar las muy diversas amenazas que nos pueden llegar del mar, a la vez que constituya una fuerza disuasoria por sí misma.

Hemos vivido atentados contra nuestros barcos de guerra que, aunque no hicieron todo el daño pretendido, pudieron ser catastróficos. Se hace imprescindible contar con unas defensas submarinas adecuadas de los puertos, tengamos muy presente que los medios utilizados hace más de medio siglo por el Teniente de Navío de la Penne están totalmente superados y hoy habría que aplicar medios muy sofisticados para la defensa de puertos, tanto de nuestras bases navales como de otros puertos civiles. Sirva también de ejemplo en este sentido, el ataque a Burdeos por parte de un comando británico que con unas ligeras canoas de lona dejadas una noche por un submarino en la desembocadura del Gironda, remontaron el río

y ocasionaron el hundimiento de muchos barcos mercantes, como así también el ataque al puerto de Saint Nazaire, en el que también un comando inglés voló el dique que permitía las reparaciones de los cruceros de combate *Scharnhorst* y *Gneissenu*, que desde entonces no volvieron a actuar en corso en las aguas del Atlántico.

Vemos cómo las posibilidades del terrorismo internacional pueden ser devastadoras en el ámbito marítimo y la lucha preventiva contra este tipo de amenazas corresponde a las unidades de la Armada, y muy concretamente a nuestra Fuerza de Acción Marítima, cuya Misión, si siempre ha sido fundamental, lo es cada vez más, dado el incremento en progresión geométrica de las amenazas.

En un artículo anterior sobre Seguridad Marítima me referí a la magnífica Flota que tenemos en la actualidad y, sin embargo, no se puede decir lo mismo de nuestra Fuerza de Acción Marítima, ya que muchos de nuestros guardacostas están en el último tercio de su vida y serían los primeros en enfrentarse a cualquier amenaza terroris-

ta de origen externo. Aunque posteriormente asumieran el relevo otras unidades de la Flota, es muy importante la primera reacción, para la cual hay que estar preparados tanto en barcos como en hombres.

En estos casos tiene que estar muy clara la cadena de mando y por eso creo que es de mucha aplicación insistir en lo que señalaba en el aludido artículo, sobre todo en lo referente a quien debe asumir el mando para evitar toda duplicidad de competencias.

Por último, refiriéndome a la calidad del personal, quiero poner de manifiesto en estos momentos en que está a punto de estrenarse un nuevo sistema de formación, la importancia que tiene la formación en valores morales, que si siempre han sido necesarios, lo son más cuanto mayor sea la frecuencia de situaciones de riesgo, las cuales exigen unos mandos muy bien preparados, tanto desde el punto de vista técnico como moral, ya que tanto ellos como sus subordinados, de los que van a ser directamente responsables, pueden enfrentarse a situaciones de gran peligro.

Escriba en el Boletín

Las colaboraciones para el Boletín del Centro Naval podrán ser presentadas por los socios del Centro Naval, por miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, y por personas idóneas en las disciplinas que surgen implícitas de las finalidades del Boletín.

Todos aquellos que quisieran escribir para la revista y por una razón u otra aún no lo han hecho, están invitados a conversar con el Director del Boletín sobre el tema.

Para más información sobre cómo presentar los trabajos en nuestra Redacción, consultar en nuestra página web

www.centronaval.org.ar/boletin/bcn-escriba.html

